



La madre del cordero

Andrés del Bosque
Dramaturgo, director y actor

La agonía y muerte de mi madre me animan realmente a dar inicio a este laberinto de palabras. Su expiración a la hora cero del día 20 de octubre de 1994 no es para mí cosa de risa y, sin embargo, me propongo relacionar este hecho dramático con mi oficio de payaso.

En un momento quedó establecido por el médico y los exámenes que su muerte era inminente. El ritual de sacrificio se ponía en movimiento. La víctima, el ejecutor, los dolientes, la comunidad.

Esta condición de estar a punto de atravesar el umbral para dirigirse al más allá provocaba un movimiento agitado de nuestras emociones. La catarsis se prepara. La respiración cobra toda la relevancia que tiene. La última expiración marca el origen de lo cómico propiamente tal. La condición de muñeco que adquiere el cuerpo humano es impresionante. El ser que me dio la vida es objeto de manipulaciones, se cierra la mandíbula, se viste, se amortaja, se mete en el ataúd. Mi hermana no soporta el dolor que provoca esta reducción total del status. La enfermera, el funcionario de pompas fúnebres y yo realizamos todas las operaciones que prepararían a mi madre para las ceremonias siguientes. Estoy profundamente conmovido. Todas las cosas de

mi madre están ridículamente cargadas de una existencia que jamás podrán tener. Zapatos, vestidos, Escalasono, tienen la condición de lo inanimado.

Lo sagrado está presente en cada cosa. Ha cesado el afán. Mi madre ya no tiene nada que hacer. Descansa en paz, somos tocados por esa presencia divina. Y alguien dice que sólo nos lleva la delantera. Cómico y cósmico. Hay sólo una ese de diferencia.

La sabiduría popular hacia de los velorios momentos de fiesta y hasta de alegría. Se contaban chistes, unos dicen que para comenzar el dolor, pero yo sé que la operación es mágica: los chistes, lo inferior y hasta los garabatos que se dicen en la tierra se transforman en alabanzas, virtudes y bendiciones en la esfera de lo celestial. Es la inversión que se produce en la mandorla¹.

Una cuerda floja entre la locura y la muerte

La disolución de los lazos que establece el lenguaje caracteriza a la desorganización que viene con la muerte. Es el caos.

Un ser agónico empieza a *difarear*. Sus ideas se organizan más allá de lo previsible. El tiempo se comprime

1. A la intersección que resulta del círculo del cielo y del círculo de la tierra se le llama *mandorla*. Cada elemento en el cielo tiene su análogo en la tierra. Su antítesis. El signo místico de tal inversión es el tambor con forma de reloj de arena. La mandorla formada por la intersección de ambos círculos constituye la entrada del cielo o quizás una clase de limbo. Aquí todo lo que en el mundo terrestre parece un valor positivo se transforma en un valor negativo. Lo que es cuerpo en el valle terrestre es espíritu en la montaña celestial y lo que fue espiritual en el mundo se vuelve material en la mandorla. Por esto, las piedras que *cantan en la montaña* encierran las almas de los muertos y lo que es injurias acá se transforman en alabanzas en el más allá.

me y personas y acontecimientos que estaban muy distantes quedan, ahora, unos al lado de otros. Cosas de la infancia y senilidad. Tíos muertos con nietos vivos.

Los límites son ahora convenciones sin prestigio. Lo lejos y lo cerca, lo arriba y abajo, lo presente y lo pasado. Relativo.

Esta lucha de las fuerzas vitales que precede a la muerte es tan intensa que impregna cada momento de nuestras vidas.

Y la muerte se nos presenta por lo menos siete veces en la vida para que aprendamos a recibirla como es debido. Tenemos posibilidades de trascenderla. Es un misterio, quedar en el olvido o quedar en el recuerdo.

Una payasada de Pedro Urdemales

La madre de Pedro Urdemales se queja ante su hijo de hambre. Pedro le prepara una olla enorme para que no hable de más. Y cuando su madre se declara satisfecha, Pedro la obliga a

comer hasta reventar. Ahí cae la madre muertecita. Juan, hermano de Pedro, quiere llamar al cura para enterrarla, pero Pedro, que tenía una pica con el cura, monta lanza en ristre a su madre muerta sobre un mulo y le manda una yegua al cura para que se presente en su casa. Va el cura bien montado en la yegua. Cuando el mulo que tenía por jinete a la difunta ve venir a la bestia, enceguecida se lanza a todo correr, embistiendo al sacerdote que va a caer entre unas tunas al lado de un abejorral.

Y así Pedro Urdemales instala a su madre como robando en un huerto y cuando el hortelano por defender sus hortalizas tumba a la vieja de un cachiporrazo, aparece el pícaro y lo acusa de haberle matado a su madre. Pone después a su madre de rodillas en el confesionario del mismo curita y cuando éste pierde la paciencia con la difunta que ya no puede arrepentirse de sus pecados, aparece el hijo del año acusando al curita de haberle matado a la madre de un empujón y, con este artificio, le saca a su madre un entierro cantado y con procesión.

Epilogo

Decir que uno no puede reírse de lo sagrado equivale a decir que uno simplemente no puede bromear con nada. Porque no hay nada que no sea sagrado. La presencia de la divinidad está en todo lo cotidiano y no darse cuenta de ello es estar dormido.

—Tirilla, ¿qué harías tú si te sacaras el Kino?

—Pondría una fábrica de pañales, un restaurante, un servicio de baños químicos y otro de pompas fúnebres.

—¿Y por qué?

—Porque todo el mundo nace, come, caga y se muere.

El clown es un psicompompos, conduce las almas como el perro o como el burro. De esta manera, quasimodo, une la risa y el llanto, la alegría y la tristeza, la comedia y la tragedia. ■

El director, dramaturgo y actor **Andrés del Bosque** en *Las siete vidas del Tony Caluga*.

